

otras potencias los planes, que no estaban aún maduros, de su verdadera misión.

Nada han valido para rehabilitar la memoria de Moreau, de los de Coblenz y del conde de Artois, sus protestas de que ellos no querían más que libertar á su patria de un usurpador y de un tirano. La historia ha fallado que hicieron armas contra su patria. El último historiador, que ha sido honrado con una cita de sus obras por Napoleón III en un discurso inaugural, les consagra un capítulo entero.

En seguida la intervencion, viéndose aislada en medio del país, desamparada, entregada á sí sola, sin ver venir á ella un solo individuo de esos nueve décimos que se decía estaban oprimidos y se le habian ofrecido: que si no venian á ella, que tampoco era recibida en todas partes con los brazos abiertos, y no era sino á cañonazos, como lo habian recibido en las costas de ambos mares, llama en su auxilio á los que ella condena en sus principios. Ayer la Francia liberal, la Francia honrada y justa, levantó unánime el grito hasta el cielo contra los que sacrificaron á jóvenes poetas, á médicos y á extranjeros en Tacubaya: y para mayor horror, se difundieron estampas de esa matanza, que la llamaban el *abattoir*. Pues bien, esos son con quienes se ha ido á aliar la intervencion. La Francia de 89, ha ido al Nuevo Mundo á asociarse con Jorge Cadoudal.

Le aseguro á vd., señor Ministro, que estamos los mexicanos de hoy como los que encontró Hernán Cortés; sin poder comprender la conducta de los invasores, comparándola con sus palabras. No hay una sola de sus acciones que no esté hoy como entonces, explícita y severamente reprobada por su doctrina. Allá no sabian á qué atenerse los asombrados indios: por un lado oían la predicacion de un culto incruento, todo de amor y de paz; en sus catequismos se inculcaba á los gentiles y á los neófitos el amor al prójimo, la inviolabilidad de la vida humana, el respeto á la mujer ajena y á la virginidad, el desprecio de las riquezas, el horror al engaño y á la ingratitud, la guarda sagrada de la hospitalidad y todo lo que constituye el carácter sublime de nuestra religion cristiana; y al mismo tiempo veían que se ponian grillos á un monarca confiado que va á hacer la visita que se le habia pedido, y veían matanzas á millares y sometimiento, en lugar de la alianza que iban á ofrecer, y que no se les habia pedido, y sometimiento igualmente de los que les habian ayudado á someter á los otros, y refina-

miento de tormentos, todo por el oro; y abuso de las damas más principales, y actos de inmoralidad pública, desde el primero de los caudillos hasta las últimas clases, etc., etc. Hoy se dice en una ocasion solemne, que «la Francia estaria bien en todas sus reclamaciones, si no fuera porque en México hay un gobierno sin escrúpulos, que viola el derecho de gentes: ¿le parece á vd. que sea derecho de gentes hacer una guerra sin declararla? Y esta es la hora que las naciones que la ven, no han visto todavía los documentos formulados que se usan entre ellas, ni el gobierno y el país á quien se hace tienen otra noticia, que las vaguedades y declamaciones de M. Billault. ¿Le parece á vd. derecho de gentes hacer una guerra, aun cuando esas generalidades tuvieran por materia hechos positivos? El justificado y valiente Sr. Julio Favre tuvo un triunfo sobre él, refutando su discurso con una sola palabra. «Lo que yo veo, dijo, por lo que se nos ha informado, es que lo que nosotros allí tenemos, son deudores, pero no enemigos.» ¿Qué habria dicho si, mejor informado, hubiera sabido que ni siquiera hay allí deudores, ni á la Francia ni á los franceses? ¿Será derecho de gentes violar lo pactado con sus aliados? ¿Lo será firmar capitulaciones, á reserva, no de desconocer ó de negar su firma, cuando se ha conseguido el fin que se tuvo, cosa que no se podía hacer, habiendo tenido colegas y testigos, sino de retractarse, aprovechar lo concedido á virtud de ella y desmentirse á sí mismo y no pararse ante la fé pública? ¿Será derecho de gentes echar buques á pique, y emplear la violencia y la muerte sobre poblaciones indefensas é inofensivas para forzarlas á reconocer un gobierno que se les trae de fuera?

Los mexicanos de hoy vemos que se nos trae la guerra precedida del tratado de París de 56: que en la proclama del nuevo general en jefe, en la que dice: que la Francia no se mezcla en las disensiones de las naciones extranjeras, en ella misma dice que va á hacer la guerra á los que venden el territorio de la República. Nosotros vemos que á la razon en que viene esta nueva expedicion á meterse en nuestra casa y en nuestros negocios, una revolucion estalla en la Grecia, que hace abdicar á su rey Othon, y que la Francia se conviene con la Inglaterra y con la Rusia en no intervenir.

No tendrá allá los intereses, ni contará con las facilidades que ha creído tener acá. Mas, ¿para qué cansarnos candorosa-

mente con alegatos de derecho de gentes, ni aunque estén apoyados en sus propias doctrinas, si se ha promovido entre las mismas potencias la cuestion de «*utrum México está comprendido en la regla general de no intervencion?* Pero no hay entonces que decir que en México su gobierno no observa el derecho de gentes.

¿Y le parece á vd., por otra parte, muy escrupuloso irse de buenas á primeras apoderando de las rentas de una nacion, percibir sus rendimientos y no dar cuenta á su dueño, ni á nadie? ¿Y todavía será más escrupuloso que el Sr. Billault diga por ahora, es decir, que ni aun con lo que se exige quedarán las cuentas saldadas, sino que se dejará algo pendiente para emprender otra guerra, por motivos tan ajustados al derecho de gentes como contratos de agio con particulares, por ahora se cobrarán de México 13 millones de pesos, 65 millones de francos, y se verá despues lo que le sobra? ¿No es esto inaudito en el derecho público, como el privado? porque, á mi entender, los principios del uno están tomados de los del otro, así como el de los individuos entre sí tienen por fuente el derecho natural, y nosotros sabemos que en la legislacion francesa, como en las de todo el mundo, pierde su accion y algo más, el que reclama más de lo que se le debe, ó lo que no se le debe, y mas aun, el que se cobra por su propia mano. Pero se dice que en la reclamacion entran los costos de la guerra; y ¿será muy conforme al derecho de gentes reclamar los gastos de una guerra que ni se ha provocado por la una parte, ni se ha declarado por la otra, fundando la necesidad de ella en la resistencia á hacer justicia, del gobierno que no ha dejado otro arbitrio de obtenerla?

Señor, si en la imposibilidad de hallar enemigos, basta que haya deudores, no es muy moral crear deudas, para tener por qué y á quién hacerle la guerra.

Pues ¿qué recurso queda para motivarla? Los mexicanos de hoy vemos asombrados que de la Europa se nos traiga una guerra dizque por nuestros continuos cambios y pronunciamientos, y crece de punto el asombro al ver que sea la Francia la que nos la trae por un celo tan farisáico como oficioso.

¿La Europa, que no vive mas que en la guerra y por la guerra, y tiene que vivir así por mientras estén en pugna los intereses de sus pueblos con los de sus gobiernos! ¿La Europa, que está hirviendo como un volcan, en continuas desconfianzas y alarma, y por consiguiente malestar! ¿En

dónde no hay un gobierno, uno solo, que no esté alerta ó con sus propios súbditos, ó atisbando la ocasion de caer sobre los otros gobiernos! En este caso está doblemente la Austria, heterogénea, con Víctor Manuel: en este caso está la Prusia neorepresentativa con sus cámaras y con el Austria por la supremacía alemana. En este caso está la Polonia con la Rusia: en este caso está la Rusia con sus siervos y con la Turquía: en este caso está la Grecia con su rey y con el hermano de su rey y con la junta provisional de Atenas: hasta la Dinamarca por su Holstein, y por último, la Francia con la Italia y con la Inglaterra.

La guerra de los Estados Unidos merece una mencion especial por dos consideraciones. Los monarcas y los oligarcas europeos, han palmoteado de gusto con esta guerra del Norte con el Sur, creyendo haber encontrado en esta guerra un argumento de triunfo, un Aquiles, como dicen en las escuelas, contra las repúblicas, como si las cosas variaran de naturaleza por las instituciones políticas: como si en este país estando bajo de un rey los esclavos dejarían de ser esclavos, como si no fuesen una condicion de la riqueza para una mitad de él, y un embarazo, y casi una vergüenza para la otra mitad: como si en la Rusia monárquica y de monarquía absoluta, la misma cuestion con sus siervos, no estuviera amenazando su tranquilidad; como si á esos diversos intereses en los Estados no se agregaran, si fueran monarquías, los de las dinastías y los de los príncipes de la sangre de una misma dinastía, que han ensangrentado siempre las naciones monárquicas de Europa.

Dicen los norte-americanos que su guerra les ha venido de una institucion que no es de su propia creacion, sino que les dejaron los ingleses. Vd. que sabe tantos proverbios españoles, se acordará de uno que dice: que á cada santo se le llega su día de fiesta. No es que nos alegremos del mal ajeno; pero no podemos dejar de recordar que estos norte-americanos, que hoy se ven en el caso de disculpar su guerra, en la cual han hecho en diez y ocho meses lo que los mexicanos no han visto en cuarenta años, no nos admitian por excusa las instituciones que á nosotros nos legaron los españoles, y orgullosos con su paz y su necesaria prosperidad, nos echaban en cara nuestras revueltas.

Vd. me dispense que cite tantas veces al Sr. Billault; pero á falta de un ultimatum que refutar, es necesario venir cada

rato á este insólido y apasionado suplemento. La Francia generosa y justa, manifestó unánime sus simpatías por México en la pérfida historia de Texas y en la guerra que le hicieron los Estados Unidos por tener una costa en el mar Pacífico: el mismo Sr. Billault, buen frances entónces, es probable que haya participado de esas simpatías por México en una guerra, cuya injusticia está demostrada con los tratados de Guadalupe, y con los millones de California. La Francia no vino en auxilio de México en esta guerra de filibusterismo y de usurpacion. Los mismos Estados Unidos nos hacen justicia ahora, si no por completo, restituyéndonos lo usurpado, porque tambien cuando les conviene, profesan la doctrina de los hechos consumados, á lo ménos en parte, con la oficial y reiterada reprobacion de la política de entónces, y con el lugar que tiene en la escena actual el ministro de la administracion de entónces. Pero el Sr. Billault, buscando y rebuscando apoyo para sus cargos sobre México, no se ha parado por ninguna consideracion para citar esa guerra, como prueba de que los mexicanos hemos ofendido á todo el mundo. ¡Y semejantes palabras no se han abogado en la garganta de un caballero ántes de proferirlas! y vá adelante! y apadrina la causa de la esclavitud! y llama en su auxilio un mensaje calumnioso y deshonroso del hombre de Osten de, del presidente que hoy está justificando su administracion por los periódicos, porque á él se le atribuye la guerra que está desolando este país! Si esto nos ha dolido en el corazon, es más de sentirse por el mismo Sr. Billault.

En cuanto al reproche de nuestros cambios hechos por la Francia, ¿cómo hiciera yo, mi amigo y señor, para que no se interpretara por recriminaciones la simple enunciaci6n de lo que han visto mis ojos y ha visto todo el mundo, aunque me abstenga de toda calificaci6n y de todo comentario? Los mexicanos vemos que la Francia imperial no hace muchos días era republicana: y un poco más ántes real de derecho divino: saliendo de otro imperio: y éste de otra república: y ésta de otra monarquía absoluta. Estos cambios no son de la historia antigua, porque unos mismos ojos han visto en las aguas de Veracruz la nacionalidad francesa simbolizada unas veces con un trapo blanco, y otras con una bandera tricolor, encabezadas las astas de sus batallones, ya con un gallo, ya con unas águilas, y el manto del trono sembrado no ha mucho de flores de lis, tiene en su lu-

gar bordadas unas abejas. Nosotros vemos en su moneda una respetable efigie sustituida á un exergo de libertad y fraternidad, simbolizadas por un gorro, el cual substituyó á su vez á otra efigie, la cual ha reemplazado á otra, que substituyó á otra y á otro gorro. Si esto tiene aire de invectiva, hay que tener en consideracion que nosotros nos tenemos que defender de la nota de versatilidad, y que léjos de volver al rostro de la Francia la suya, reconocemos que ella es la prueba de los esfuerzos constantes que hace por constituirse de una manera estable y definitiva. El caso es que su historia contemporánea se compone: de la Constitucion monárquica de 91: de la republicana, que estableció una era: de la de la Convencion: de la del Directorio: de la del Consulado, en triunvirato, por diez años y de por vida: de la del primer imperio: de la de la Carta *octroyée* por la restauracion: de la de la *branche cadette* de 1830: de la de la República de 1848: de la del segundo imperio del 10 de Diciembre. Dos repúblicas, tres dinastías y una docena de constituciones en 61 años, y ¿ya acabamos? El voto que hagamos porque así sea, ¿será reconocido como profecía por los hombres de Estado frances, los más partidarios de la dinastía reinante? Ella se dice representante de los principios de 89, y esto mismo ¿no la comprometerá con otros gobiernos que luchan contra esos principios, y en la misma Francia, con los que le exigian más y más en conformidad, ó en desarrollo de esos principios? Pero esto no me importa, sino en cuanto que á la Francia no le importa tampoco si México cambia ó no cambia; y por cuanto no estando muy segura de que ella está ya bien sentada, se mete á querer establecer en casa del vecino un gobierno estable, á su sospechosa calificaci6n.

Con una argucia, que sería castigada en una escuela de lógica, se dice que en México ha habido cuarenta gobiernos: y ni los presidentes son formas de gobierno, ni aun contando los que han entrado en la serie de un rol bajo una misma forma, y los sustitutos de los titulares, que existian, y los provisionales en momentos de transición, llegan á ese número, ni á la mitad. Después que Fernando VII y las córtés de España, desairaron la generosa oferta del imperio mexicano, y después que la envidia y una horrible venganza, sacrificaron al único que lo podía tener por el voto cordial de un pueblo agradecido, nosotros no hemos tenido mas que una forma de gobierno, la republicana, la única posible. Dos

solas maneras ha tenido de variacion: la central y la federal. La Constitucion de 57 no ha sido mas que el restablecimiento de la primitiva de 1824, con algunos adelantos en los derechos de los ciudadanos, y con más ó ménos distribucion del poder público en las atribuciones de los cuerpos legislativo y judicial y funcionario del ejecutivo. Nuestra moneda es la misma de hace cuarenta años. Nuestra gloriosa bandera es la que nos legó Iturbide, que inmortalizará su memoria. Ese pabellon, que el Sr. Billault llamó el pabellon de Juarez, es el mismo de Comonfort, de Santa-Anna, de la República central como de la federal, del gobierno llamado del plan de Tacubaya, y el de todos los mexicanos. Ese pabellon, que el Sr. Billault no cree digno de ondear al lado del pabellon francés, ya ha vuelto á flotar en Veracruz por la mano del general Forey: y espero en Dios que ondeará todavía en muchos siglos por mano de muchos Juarez, mal que le pese al Sr. Billault, al lado, ó sin el lado del pabellon francés, pues no tuvo necesidad de su sombra para aparecer al lado del de todas las naciones soberanas.

Nosotros vemos que el digno emperador de hoy era el presidente de ayer, el mismo que ántes de ayer estaba proscrito, y por quien la Francia amenazaba con la guerra á la Suiza si no le retiraba el asilo, y un día más ántes era el prisionero de Ham.

Jamás habríamos creído, por otra parte, los mexicanos, que nos alcanzaran las excepciones del programa de Burdeos. Sería una petulancia de mi parte pretender escudriñar la política que se ha tenido para las guerras que se han hecho en solo la mitad de la duracion del segundo imperio; por lo que se ha hecho á mi país, digo y sostengo, que se ha hecho sin ninguna razon y con varia política, que no ha de producir mas que desastres. Pero si no soy competente para penetrar misterios, no se me negará á lo ménos que sepa contar. Cuando la Francia era república, se dijo que el imperio sería la paz: y van cinco. Y lo que yo veo es, que esas guerras se han hecho unas en pró y otras en contra, es decir, que se viene á hacer por sí mismo, ó se ha intentado que se haga en México lo que no se quería que se siguiera haciendo en Lombardía: y tan idénticamente, que no queriendo allá que dominara el austriaco, se le dá á México á ese mismo austriaco para que lo domine, y cuando éste no lo quiere venido de tales manos, éstas lo substituyen.

El archiduque Maximiliano nunca ha manifestado tanto ser un príncipe de alta capacidad, ni merecido tanto de los mexicanos, como cuando ha renunciado la gratuita y oficiosa oferta de un extranjero, de ir á oprimirlos, y con no apreciar una corona que ellos no le habian dado.

Ha sido tambien una desgracia para México que nunca, ni hasta hoy, haya sido bastante conocido en Europa; pero esto mismo funda la responsabilidad de los que le han llevado la guerra y de los que se encarnizan contra él sin conocerlo. Es cierto que á esos juicios errados han contribuido los informes de mexicanos, algunos de los cuales son gente bien intencionada; mas la responsabilidad consiste en que hombres de estado en Francia, se hayan dejado llevar de lo que les dicen en un sentido, sin oír, sin querer oír, á los del sentido contrario, igualmente ilustrados é irreprochables en su conducta y en sus intenciones, pero cuyos informes estarían apoyados en hechos públicos, en documentos oficiales y en raciocinios ad hominem. Si aquellos á quienes han oído solamente les merecen fé y buen concepto, y algunos de ellos bien merecido, debian ver en ello que la lucha entre la vieja y la nueva ley, entre lo pasado y lo presente, entre lo que se vió al nacer y lo que no se quiere aprender, se representa en los mexicanos que están en Europa, lo mismo que los que están en México, así como y de la misma manera, que diversos sentidos dividen á franceses igualmente honorables é igualmente ilustrados. Así vemos de un lado al Sr. Billault, y de otro al Sr. Favre: de un lado nombres que han ilustrado la Francia, y de otro los tantos que ilustran el imperio. He dicho de algunos de los mexicanos que se hallan en Europa, porque no todos tienen igual desinterés en lo que informan, ó son parciales simplemente por llegar al logro de sus ensueños ó de sus ideas: y los hombres de estado franceses y sagaces, parece que debieran distinguir entre las opiniones y los intereses, aun de aquellos á quienes solo han escuchado. Creer que los que en Europa y en México están en sentido contrario, son gente de poca valía ó sórdidos en sus miras, es querer engañar voluntariamente, á más de caer en una injusticia. Yo no voy á hacer á vd. la estadística ni la historia de México; me basta y me sobra con citar algunos de los funcionarios con quienes ha tratado la intervencion en México, y los que el Norte América y la Europa conocen personalmente porque han tratado con ellos ayer. Vd.

mismo ha observado y dicho, que la imparcial y buena razon propia suya, que los hombres que habia conocido de México, eran tan ilustrados como los que son en Europa, y la observacion seria de una exactitud absoluta, si no tuviera la única excepcion que debia vd. haber hecho.

Mas efectivamente, de aquellos que vd. no conoce puede preguntar á los hombres mismos de la intervencion, y ver por las convenciones y tratados que han hecho, por los partes con que los acompañan los otros ministros español é inglés á sus gobiernos, si estarian fuera de su lugar en cualquier gabinete de Europa ó de América un D. Manuel Doblado, un D. Jesus Terán, D. José Gonzalez Echeverría, D. Ezequiel Montes, D. Sebastian Lerdo, D. Manuel Zamacona, D. Francisco Zarco, D. Ignacio Comonfort, D. José María Lacunza, D. Fernando Ramirez, que han estado en conferencias diplomáticas con los comisarios europeos, y los que estuvieron ayer con los comisarios norte-americanos: un D. Bernardo Couto, D. Miguel Atristain, D. Crispiniano del Castillo, D. Luis Cuevas, D. Hilario Elguero, y tantos otros. Que digan los generales, que han estado allí en relacion diaria, epistolar y personal, con los jefes mexicanos, que tenian al frente; si al mismo tiempo que les impedian el paso, han encontrado más civilizacion y más cortesania en Crimea ó en Italia, que en el bravo y galante Uruga, en el leal y valiente á toda prueba Negrete, en el modesto y bizarro Zaragoza, en el vencedor de los principales capitanes de la reaccion, el popular Gonzalez Ortega, y tantos nombres dignos de los tiempos caballerescos. ¿Cuál de estos nombres está manchado con una accion vergonzosa, que empañe el brillo de su gloria?

Escribiendo esta carta llega la correspondencia de Europa, y veo en los periódicos, siempre animosos, siempre arrojando teas incendiarias y odios y calumnias, que en el *Constitutionnel* de Paris se habla de la acumulacion de crímenes del gobierno de México. Si ese gobierno tuviese crímenes, ¿estarian en él, ó le habria servido uno solo de los que le han servido? ¿Terrorista, sanguinario, ladrón un Jesus Terán? ¿Un D. Joaquin Ruiz? ¿Un D. Manuel Ruiz? ¿Un D. Higinio Nuñez (el incorruptible glosador de los créditos españoles)? ¿Un D. Miguel Blanco? ¿Y tantos otros, tipos de honradez y caballeridad, recibidos por lo mismo con respeto y á mucho honor en la sociedad de los conservadores? ¿Un D. José Gonzalez Echeverría, el go-

bernador liberal de Zacatecas, que cedió su sueldo á la beneficencia, tio de la mexicana tan querida en México, la marquesa de los Castillejos, hermano de la respetable y cumplida señora Agüero, que se sienta en la mesa del emperador? ¿Estos son los cómplices de esos crímenes? ¿Y esto se dice en los papeles del gobierno imperial? Debe vd. notar, mi amigo y señor, para honra de México, que ninguno de los principales autores de la reforma, D. Miguel Lerdo, D. Melchor Ocampo, sin mentar á los que viven, se adjudicó una sola casa ni una hacienda de los bienes nacionalizados, y que sus opiniones tuvieron toda la abnegacion del fanatismo.

En cuanto al Sr. Juarez, al verlo atacado así ante la Europa, seria una bajeza de mi parte no hacer notar tambien, que en ninguna parte sienta más mal el calumniarlo, como en un papel del gobierno francés. Si éste no hubiera apoyado á su apasionado ministro en su proyecto de una guerra á México, con razon ó sin ella: si no hubiera él el primero, roto los tratados y las buenas relaciones que existian entre ambos países y entre ambos gobiernos, habria yo tenido el gusto de enseñar á vd., aunque no fuera vd. ministro, la disposicion del Sr. Juarez hácia el emperador, las razones de por qué se me escogió á mí para mandar un nuevo ministro cerca de S. M., los términos de mis credenciales y demas despachos, que no estaban en el estilo del formulario diplomático, sino especiales, conforme á los puntos acordados entre el presidente Juarez y su ministro de relaciones el Sr. Doblado.

En cuanto á su ilustracion y capacidad, no más le contaré á vd. que, deseando yo que se proveyera á cuantos casos podian presentarse, para no encontrarme sin instrucciones en cualquiera evento á tan enorme distancia, presenté al gobierno una lista de preguntas y de hipótesis, para que se me dijera antes de partir lo que deberia hacer: que este papel, que se componia de muchos pliegos, lo tomó el Sr. Juarez, y extendió por sí solo y de su propia mano, las instrucciones, con tanta prevision y tan detalladamente, como imparcialidad para juzgar las cosas interiores: que además tuvo varias sesiones secretas conmigo de muchas horas, para decirme de palabra, lo que no habia querido poner por escrito, y todo con la dignidad que correspondia al que está encargado de guardar la de una nacion, á más de la propia suya.

Como causa rubor pagar mal al que se

conduce bien, tendrá el *Constitutionnel* que añadir ahora la noble salida de que eso lo hacia D. Benito Juarez por miedo; la revocacion de mi nombramiento para Paris, las victorias de Acultzingo y de Puebla, y la noble resolucion que guarda ahora, decidido á pelear mientras respire, están ahí para dar la respuesta. Las tropas que están en marcha de los puntos más distantes de la República, llegan á la capital y la atraviesan, yendo al encuentro de los invasores, para sostener esa respuesta.

¿Sabe vd. otra de las acciones de ese Sr. Juarez, que se quiere pintar como perverso y que está acumulando crímenes, ó más bien, sobre quien sin precisar uno, se están acumulando calumnias? Mandó devolver á los prisioneros franceses las decoraciones que nuestros soldados les habian arrancado del pecho en la pelea de Puebla, y solo se conservan para prueba de la verdad y monumento de la historia, las de los muertos en la accion ó en los hospitales.

Todo esto le parecerá á vd. inconcebible; ya me parece oírle decirse á sí mismo: ¿cómo este hombre se atreve á escribirme en público proposiciones tan absolutas? Este hombre que yo he tenido por veraz y decente en sus acciones, á quien yo he manifestado aprecio, á quien se le ha hecho honor y manifestado tambien benevolencia en la córte, cuando juntos en nuestras conversaciones privadas hemos admirado y hemos tenido tantas veces ocasion de admirar las altas miras, la superioridad de inteligencia y la sanidad de intenciones del emperador?

No me cabe en el juicio: me parece imposible que tenga una intencion deliberadamente hostil á México, que quiera hacer el mal en razon del mal. A mí tambien señor ministro, que he tenido el honor de que S. M. me haya hablado más de una vez, comprobando con aplicacion á México la exactitud de las observaciones que haciamos en esas cualidades, y vd. sabe que ofreció su mediacion, en consonancia con la Inglaterra, en las diferencias de España con México, y sabe vd. con qué ocasion.

Le diré á vd. lo que entiendo. Coincidieron esas quejas de la España con el triunfo en México del gobierno constitucional: con la reprobacion del tratado Mon-Almonte y la separacion de éste de la legacion: con las cuestiones de Italia: con la parada ante el cuadrilátero y la revolucion, de la política que habia ayudado á la libertad de la Lombardia y le habia quedado la Venecia: la ahogada en la cuna del pro-

yecto de la pluralidad federativa de diversas nacionalidades italianas, con el Santo Padre á la cabeza, que no tuvo aceptacion, comenzando por Su Santidad mismo: el ningun efecto de la paz de Villafranca; el resentimiento en que quedaron el Austria y el Piamonte con la Francia, el uno por lo que le quitaron, el otro por lo que no le acabaron de dar. Estas y otras coincidencias las supieron aprovechar la ilusion y la ambicion, y la sed de venganza de algunos mexicanos. Fueron á Madrid y fueron á Viena: presentaron á México en el estado mas deplorable, con una guerra civil sin término posible, y que estaba devorando lo sus entrañas: dijeron que los dos partidos que la sostenian no eran, ni serian en mucho tiempo, bastante poderosos para someter el uno al otro; pero que el uno era el de la parte sensata, el del orden, el de la religion, el de las tradiciones del régimen estable y de la moralidad de nuestros padres; que el otro era el de los impíos, de los ladrones de la Iglesia, de la desorganizacion y de la canalla, que por consiguiente era necesario dar la mano al primero y destruir al último; que estaba probada la insuficiencia de las instituciones republicanas y la incapacidad del personal de todas las administraciones, en una palabra, la de todos los mexicanos (excepto los informantes) para gobernarse por sí mismos: que era necesario que aquel país tuviera un gobierno fuerte y estable, y no habia otro más que la monarquía; que ellos (los informantes) eran de gran prestigio en el país; que de todas partes y de todas las clases recibian excitaciones para buscar un salvador en Europa; que ellos (los informantes) apenas se presentarían en las puertas del país, vendrian todos sus estantes y habitantes, con cañas y palmas, á saludarles y bendecirles como sus libertadores, y ellos prestarían su prestigio para ayudar á la preparacion y á la realizacion de la empresa, y al sostén y mantenimiento del trono, encargándose provisionalmente del mando, bajo el título de jefe supremo de la Nacion, y no de presidente, porque esto es cosa de República, que es lo que puntualmente se vá á destruir, para luego ser el condestable, ó el grande elector, y, segun los antecedentes y la capacidad ó vocacion, formarían los demás, con títulos nuevos de nobleza y restablecimiento de los antiguos, el brillo de la corte y la majestad de trono, etc. etc., todo esto, desarrollado, amplificado, presentado como muy fácil hacedero, ó más bien, como deseado, encontró una bue-